

Para citaciones: Carrasco, R. (2025). Carlos A. Jáuregui y David M. Solodkow. *Bartolomé de las Casas y el paradigma biopolítico de la modernidad colonial*. Iberoamericana, Vervuert, Ediciones Uniandes, 2024. 451 pp. *Visitas al Patio*, 19(2), 402-404. <https://doi.org/>

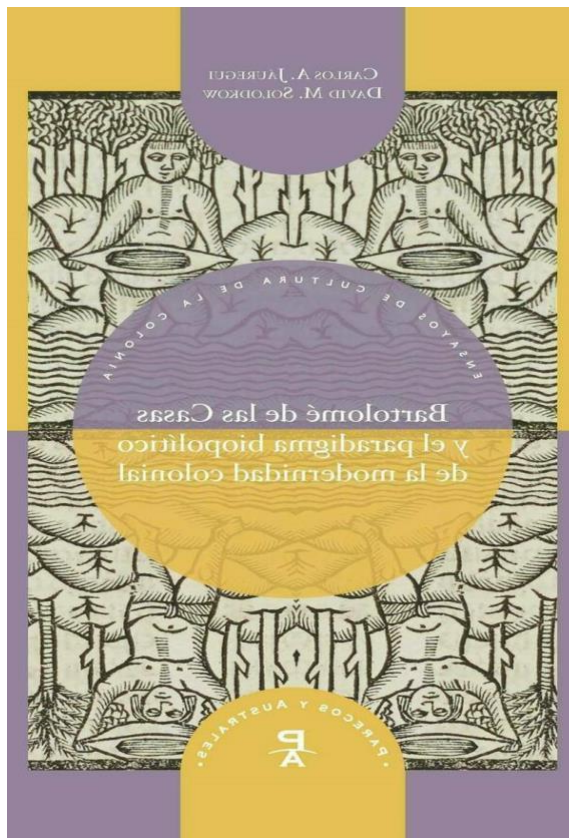
Editora: Silvia Valero. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2025. Carrasco, R. Este es un In Folio de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando el original, el autor y la fuente sean acreditados.

Carlos A. Jáuregui y David M. Solodkow. *Bartolomé de las Casas y el paradigma biopolítico de la modernidad colonial*. Iberoamericana, Vervuert, Ediciones Uniandes, 2024. 451 pp.

René Carrasco

California Polytechnic State University, San Luis Obispo



Desde Hegel hasta Foucault, la historia de la modernidad ha sido contada como una historia que comienza, y termina, en Europa. En el relato hegeliano, el Espíritu se reconoce en el derecho, y así se inaugura la Historia con mayúscula: la humanidad, al pensarse a sí misma, lo hace desde Europa y hacia Europa. Todo lo demás —África, Asia, América— permanece fuera del tiempo, atrapado en la repetición de la naturaleza o en los límites de la religión. Un siglo y medio más tarde, Michel Foucault propuso un giro: del Espíritu al cuerpo, del derecho a la vida. Pero también él, al elaborar su genealogía del biopoder, del dispositivo médico, carcelario,

sexual, siguió anclado en un archivo europeo. Incluso la crítica moderna, entonces, repite la cartografía que pretende interrumpir. Europa sigue siendo origen y horizonte: el lugar desde el cual se piensa la historia, y hacia el cual toda forma de vida parece dirigirse.

Es precisamente contra esta cartografía heredada que se inscribe *Bartolomé de las Casas y el paradigma biopolítico de la modernidad colonial* (Vervuert, 2024), de Carlos Jáuregui y David Solodkow. Este es, en efecto, un libro sobre Las Casas, sobre sus textos, sus gestos, sus propuestas reformistas, pero su lectura no se orienta hacia la condena ni hacia la canonización. En lugar de fijarlo como figura culpable o heroica, propone un análisis que reconstruye sus intervenciones como parte de una racionalidad imperial en transformación. Frente a una tradición crítica que ha leído a Las Casas como culpable o redentor, el libro

propone otra vía: examinar los textos menos frecuentados del primer Las Casas, antes de su conversión, antes de su entrada a la vida religiosa, cuando todavía era colono, encomendero, sujeto inmerso en la racionalidad imperial que más tarde intentaría resistir. El enfoque en los escritos tempranos de Las Casas, entre 1515 y 1521, más allá del corpus canónico de la *Brevísima*, la *Apologética* o el debate de Valladolid, permite iluminar una etapa escasamente explorada y, al mismo tiempo, reconstruir una matriz incipiente de gubernamentalidad moderna en la América Latina colonial.

La tesis del libro es contundente: la administración colonial de la vida en América Latina constituye el fundamento mismo de los desarrollos europeos que dieron forma a la modernidad gubernamental. Mucho antes de las cárceles del siglo XIX o de las políticas sanitarias del Estado-nación moderno, el Caribe español del siglo XVI ya ensayaba con formas de gestión de cuerpos, poblaciones y almas. *Anatomopolítica*, *biopolítica*, *neumopolítica*, *nosopolítica*, *necroeconomía diferida*: estas categorías surgen directamente del análisis filológico y doctrinal de documentos jurídicos, administrativos y teológicos del archivo colonial, y muy particularmente de la obra lascasiana temprana, sin depender de trasplantes teóricos externos. Jáuregui y Solodkow construyen su marco conceptual desde el interior mismo del archivo, haciendo de los documentos el punto de partida para una elaboración teórica rigurosa. Ese gesto revela una de las mayores virtudes del libro: situar el pensamiento político moderno dentro de una genealogía que comienza con las racionalidades de gobierno forjadas en las primeras décadas del imperio hispánico.

El libro se organiza en seis capítulos precedidos por una introducción programática titulada “Biopolítica colonial”, donde se expone el marco conceptual, metodológico y político de la intervención. Allí, el paradigma biopolítico se presenta como una figura crítica y excepcional que revela, desde sus márgenes, el funcionamiento de un sistema más amplio, en el sentido agambeniano del término, sin aspirar a generalidad ni a correspondencia empírica con el Estado moderno. A partir de ese posicionamiento, cada capítulo del libro reconstruye una escena de intervención colonial donde se ensayan tecnologías incipientes de gobierno de la vida. Así, el capítulo I, “Metal, vida y ley”, aborda el colapso de la economía aurífera de La Española y la consolidación de la encomienda como dispositivo central de extracción vital. La hecatombe demográfica es brutal: de 380.000 habitantes antes de la llegada de Colón, sobreviven menos de 4.000 en 1519. Esta catástrofe aparece como expresión estructural del sistema colonial: un régimen “lupino” orientado a la extracción de vida sin dispositivos de reproducción. Los capítulos II y III, “Reforma agraria y minera” y “Hacer trabajar. Paradojas necropolíticas”, analizan el *Memorial de remedios* de 1516 como una propuesta de racionalización colonial que articula economía política, medicina, teología y arquitectura en un diseño tecnopolítico para gestionar la vida indígena. Las propuestas de Las Casas configuran un modelo de comunidades agrarias mixtas, con jornadas regladas, hospitales proyectados para los indios y políticas de mestizaje orientadas a sostener cuerpos productivos más que almas redimidas. El cuerpo indígena se convierte en unidad contable, una variable fiscal que debe mantenerse viva, alimentada y reproductiva para sostener las rentas reales. Esta lógica se intensifica en la propuesta de la “Casa del Rey”, una suerte de campo de refugiados con función productiva, y en los incentivos fiscales para fomentar la natalidad.

El capítulo IV, “El Hospital del Rey (1516) y el problema colonial de la salud”, examina el proyecto de hospitales diseñado por Las Casas como parte de una racionalidad gubernamental incipiente, donde la salud pública deja de ser una obra de caridad para convertirse en instrumento de producción colonial. El hospital aparece, entonces, como un dispositivo médico-administrativo cuya función central no es tanto curar al enfermo como restituir la fuerza laboral del cuerpo indígena. La salud se convierte en medio estratégico dentro de un régimen que mide su eficacia en función de la fuerza laboral disponible. Se traza así una genealogía de la *nosopolítica* en el Caribe temprano, que desafía la periodización foucaultiana del hospital moderno al situar su emergencia en el espacio

colonial del siglo XVI. Finalmente, los capítulos V y VI, “La reforma y el debate de la vida (1517-1518). Libertad, trabajo y colonialismo” y “La pacificación ‘pacífica’. Tierra firme, colonización y desastre”, exploran el agotamiento de la reforma reformista imperial. El primero reconstruye la serie de pareceres, memoriales y debates que rodearon la reforma cisneriana de 1516-1519, evidenciando cómo la defensa de la vida indígena se inscribe en una lógica de clasificación, cálculo y administración. Más que un debate sobre la humanidad indígena, lo que emerge es una serie de operaciones técnicas y jurídicas destinadas a evaluar su capacidad para ser gobernados, lo que termina reafirmando los fundamentos mismos del poder colonial. La defensa de la vida se inscribe en una lógica que perfecciona las tecnologías de poder colonial. Y el experimento agro-misionero de Cumaná, cuidadosamente diseñado por Las Casas, termina en masacre, esclavización y colapso interno bajo las fuerzas combinadas del tráfico de esclavos, la encomienda, la guerra y la resistencia indígena. Allí, el archivo revela, con una nitidez ejemplar, las tensiones internas que atraviesan y desestabilizan el dispositivo reformista en su propio núcleo. A lo largo de estos seis capítulos, el libro evita toda narrativa moralizante y reconstruye a Las Casas como figura situada en una arquitectura de poder emergente, en transformación. Lo que ensambla, con una precisión filológica, documental y conceptual destacable, es un mapa del poder colonial temprano que articula lo anatómico, lo demográfico, lo espiritual, lo médico y lo económico como ejes de una misma racionalidad de gobierno.

Uno de los méritos más contundentes del libro es su rigor filológico y archivístico. Cada afirmación se construye sobre documentos del siglo XVI, memoriales, pareceres, instrucciones reales, tratados teológicos, ordenanzas administrativas, excavados con una atención paciente a materiales marginales y escenas dispersas. El archivo colonial se aborda como una tecnología activa de producción de poder, cuyas categorías emergen del trabajo filológico y se reconfiguran desde dentro. Este gesto metodológico privilegia la densidad conceptual e histórica del documento, y lo convierte en un espacio de elaboración teórica, no de validación empírica ni de ilustración doctrinal. Esta operación, lenta, rigurosa y reconstructiva, es cada vez más rara en los estudios literarios y culturales, y aquí se ejerce con una claridad que la vuelve productiva más allá del campo colonial. La coautoría entre Carlos Jáuregui y David Solodkow, todavía infrecuente en las humanidades, propone una forma de producción crítica en la que América Latina actúa como horizonte teórico, lugar de enunciación y generadora de conceptos. Retomando planteamientos de Wallerstein, Dussel, Quijano o Mignolo, el libro consolida una hipótesis histórica que demuestra, con contundencia empírica, la imbricación estructural entre modernidad y colonialidad. Esa voz común impulsa una intervención epistémica de largo alcance: el libro reorganiza desde sus cimientos la arquitectura teórica de la modernidad, desplazando el centro de gravedad hacia el espacio colonial latinoamericano. Por eso, su circulación más allá del mundo hispanohablante es urgente, ya que interpela por igual a historiadores de las ideas, teóricos políticos y filósofos contemporáneos, y puede enseñarse tanto en cursos de licenciatura como de posgrado. Su potencia reside, precisamente, en su capacidad de reordenar el mapa conceptual desde el que pensamos la modernidad.

Si la historia, como afirmaba Hegel, comienza con el reconocimiento del Espíritu en la ley, y si el cuerpo, como sostenía Foucault, se convirtió en el sujeto moderno del poder, este libro insiste en que ambas operaciones se basaban en una omisión constitutiva: la administración de la vida y la muerte en las Américas coloniales. Con esta brillante y erudita intervención, los autores sitúan a América como el eje estructurante de la historia del biopoder y elaboran desde allí una relectura del presente que reorganiza sus puntos de partida. En efecto, establecen el periodo colonial latinoamericano como la propia condición de posibilidad del proyecto civilizatorio moderno. Lo hacen imprescindible. Ineludible. Inescapable. No hay teoría política contemporánea sin su fundamento colonial. Y no hay modo riguroso de pensar ese fundamento sin pasar por América.